

Inmaculada URZAINQUI, *La República de la Prensa: periódicos y periodistas en la España del siglo XVIII*, eds. Eduardo San José Vázquez y María Fernández Abril. Presentación, Elena de Lorenzo Álvarez, Gijón/ Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII/ Universidad de Oviedo/ Ediciones Trea, 2022, 912 págs.

Este libro bien se podría llamar «Los trabajos de una vida». Una vida de continua dedicación al estudio, y más en concreto, al estudio de la prensa, es lo que muestra este compendio, preparado con cariño y cuidado como homenaje a su autora en el momento de su jubilación. Los artículos aquí reunidos por Eduardo San José Vázquez y María Fernández Abril (con la colaboración de la misma Inmaculada Urzainqui, que ha introducido a veces correcciones y puestas al día), cubren un arco temporal que va desde 1984 hasta tiempos actuales.

Como se sabe, la autora ha tratado otros asuntos, muy especialmente en los últimos años la figura y obra del padre Feijoo, cuyas *Cartas eruditas* edita al frente de un equipo, pero si algo la identifica, eso es su investigación sobre los periódicos del siglo XVIII, que inició con su tesis doctoral titulada *Ideas dramáticas y crítica teatral en un periódico ilustrado: el «Memorial Literario» (1784-1808)*, en 1985. Muchas veces, y muchos, le habíamos pedido que la publicara o que publicara un libro que pusiera al día el conocimiento que se tenía sobre la prensa de la época, superada ya entonces la benemérita obra de Paul J. Guinard, aparecida en 1973. Ahora lo tenemos, gracias al esfuerzo de los editores mencionados más arriba y al de las instituciones que figuran en el pie de imprenta.

Este libro que reúne artículos ya publicados de Inmaculada Urzainqui pone de relieve su condición innovadora, no solo por acercarse a un género apenas estudiado, sino también por el modo en que lo abordó y por las conexiones que estableció con otros temas al insertar su estudio en el tejido intelectual del siglo



y destacar la importancia que la prensa periódica tuvo entonces, de qué modo los periódicos dieron el color especial que tiene el Setecientos. Son capítulos, por otro lado, que recuerdan el carácter concienzudo y preciso de la investigadora y, por ello, son constantemente utilizados y citados. Daré cuenta de la disposición interna del libro y de los aspectos que abarca. Está dividido en cinco partes. La primera, «Panoramas de la prensa en el dieciocho español», agrupa trabajos tanto sobre la aportación asturiana a la materia como diferentes estados de la cuestión en los primeros años del XVIII y en las décadas finales, sin olvidar la presencia de los periódicos extranjeros como fuente, ni la significación de la prensa como innovador espacio de escritura y lectura.

En el segundo apartado, la «Prensa de opinión y crítica. *Los espectadores*», se aborda ese peculiar tipo de periodismo que fue el de los «espectadores», derivado de Inglaterra, con presencia en los distintos territorios europeos. Aquí se tratan asuntos como la imagen del periodista, las formas autobiográficas de creación, así como casos de periódicos concretos: *La Conquista del Parnaso*, el fin del *Apologista Universal*, y el del último «espectador»: *El Regañón General*, de Ventura Ferrer. El tercer grupo trata sobre asuntos internos a la práctica de la prensa periódica. Bajo el título «Un nuevo espacio para la crítica literaria», se recogen noticias sobre cómo la prensa teoriza acerca de sí misma, sobre cómo la crítica teatral encontró su espacio en aquellas páginas, sobre cómo se anunciaban y reseñaban libros, así como un bello estudio sobre las «personalidades» en los periódicos, es decir, sobre los ataques personales y los malos modos en la crítica, que tan frecuentes eran y fueron en los siglos siguientes, dando pie, no pocas veces, a desafíos y duelos.

El cuarto apartado se dedica a la mujer y la prensa, ofreciendo información tanto sobre las periodistas, como sobre el papel que los periódicos jugaron a la hora de conformar la conducta femenina. En esta sección es importante también otro trabajo, el que se centra en *La Pensatriz Salmantina*, que desvela al autor oculto, el padre Baltasar Garralón, y da a conocer y estudia el primer número de la publicación, hallazgo realizado por Francisco Aguilar Piñal, resolviendo así el enigma de la existencia o no del periódico. El último conjunto se centra en varios «nombres propios»: Feijoo y la prensa, el padre Isla, los redactores del importante *Memorial Literario*, Manuel Rubín de Celis (un temprano amigo de la autora) y Gaspar Melchor de Jovellanos.

La simple enumeración de los asuntos que se tratan en el libro no da, en realidad, toda la imagen de lo que contiene porque, como es habitual en ella, Inmaculada Urzainqui sobrepasa los asuntos que trata y en sus trabajos establece conexiones, lanza sugerencias y constata, de manera que el lector se encuentra ante unas documentadas páginas que, además, le permiten ir más allá en sus pro-

pías investigaciones. Actitud generosa e impagable. Aunque es un tópico al que se recurre con frecuencia, en su caso es absolutamente necesario y está justificado su uso: sus trabajos han llenado un hueco grande en el conocimiento de la realidad cultural del siglo XVIII, pues muy poco era lo que se sabía de un elemento tan importante en el periodo, indispensable para entender en su verdadera dimensión novedades esenciales del siglo ilustrado y del tiempo posterior, como fueron la sociabilidad y la creación de la opinión pública, en definitiva, de un espacio para el debate. Novedades que dieron el carácter del siglo y que inauguraron un nuevo tiempo en Occidente. Pero la prensa fue también indispensable para profesionalizar la actividad literaria. De muy poco de esto había entonces presencia en las historias literarias y, gracias a sus esfuerzos, la prensa pasó a formar parte de los estudios literarios y a explicar el nuevo sentido que la literatura tuvo en el siglo.

Se puede decir sin temor a exagerar que, gracias a los estudios aquí reunidos, y a los que no se han compilado, conocemos de una forma más certera la época y que gracias a ellos podemos entender lo que ocurrió en el siglo XIX, tanto con la prensa como con los escritores, políticos y lectores. El papel decisivo que la prensa jugó en el Ochocientos y después no habría sido posible sin lo que sucedió en el Setecientos con los periódicos, y lo sabemos gracias a los esfuerzos continuados de Inmaculada Urzainqui. Los cambios vitales y conceptuales que se daban en la sociedad española (y europea) encontraron en ellos campo para el debate y para la imitación y, al mismo tiempo, no fueron pocos los que vieron en sus páginas la posibilidad de exponer su opinión, valiera lo que valiera, afirmando la condición individual del ciudadano. Si el siglo XVIII fue el siglo de la crítica, lo fue desde luego en y gracias a la prensa; si el teatro cambió, lo fue en no pequeña parte gracias a las reseñas y debates que acogieron sus páginas; si las novedades de pensamiento se difundieron, fue porque en ellas hallaron espacio. Y porque gracias a la lectura en grupo todo ello encontró eco entre el público. La historia también se escribe en los periódicos.

Hay que agradecer, por tanto, la iniciativa del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII de reunir este volumen, ya de referencia, para homenajear a su autora, pues nos ofrece un cuerpo de doctrina, como señalan sus editores, que permite perfilar la historiografía del campo. El libro se completa con una bibliografía que recoge las entradas citadas en él, otra con las publicaciones de la autora, un índice onomástico y una presentación de la directora del Instituto, Elena de Lorenzo Álvarez, que glosa su trayectoria. Feliz y satisfactoria ha de ser la jubilación si, cuando se llega a ella, se cuenta con un conjunto de trabajos como los aquí reunidos.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS